



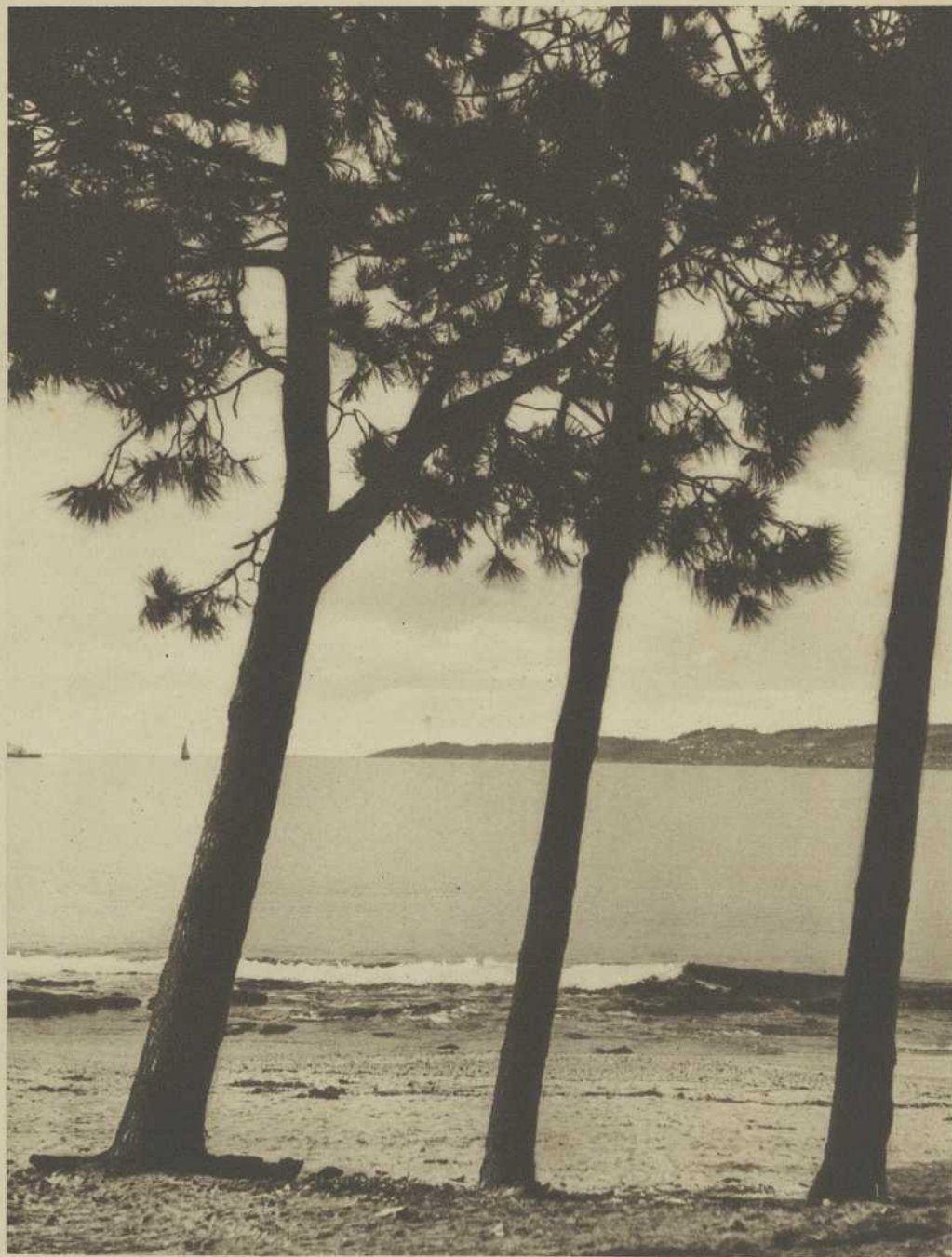
RIAS BAJAS

PUBLICACIONES DE LA DIRECCIÓN GENERAL DEL TURISMO

MAPA DE LAS RIAS BAJAS



XX. 1186
PB C36 -19
CB 11200739
Itm.: 602033



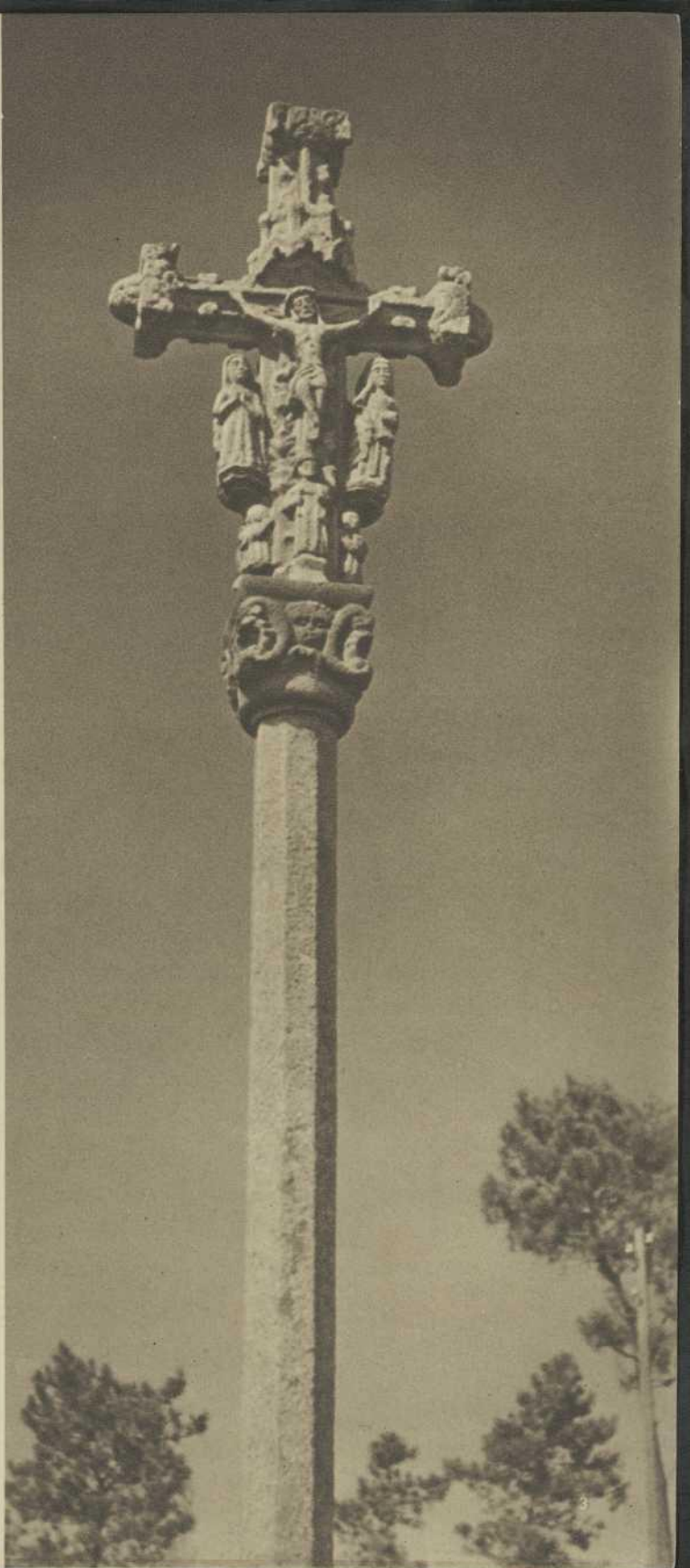
RIAS BAJAS

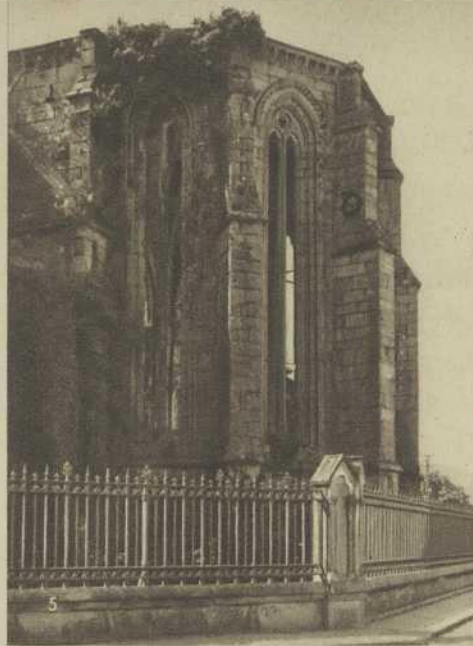


FORMAN las Rías Bajas una serie de paisajes, que figuran, con entera justicia, entre los más bellos, no ya de España, sino del mundo. Toda Galicia es una sucesión de perspectivas ricas en color y en variedad, finas y jugosas, inagotables en sus tonos y en sus formas. En la tierra gallega, el paisaje se enriquece con una infinita gama de verdes y de grises, embrujamiento eterno de pintores. Una cadena de ondulaciones suaves va perfilando el horizonte bajo un cielo de húmedas ternuras. Quizás en ningún lugar de España nos habla la tierra con una voz tan entrañable, con un acento tan *humano* como en estos

verdes suelos de Galicia. Un espíritu de intimidad y de confianza va afluyendo de los campos fecundos, de los ríos zigzagueantes, de los valles abrigados. Toda esta emoción confidencial e íntima del paisaje gallego es, después, la que determina en el hombre de allí el sentido de la nostalgia que acompaña siempre a sus horas. (Aquella nostalgia que tiembla en los versos de Rosalía de Castro: «Non m'olvides, queridiña—, si morro de soidás... —Tantas leguas mar adentro. —¡Miña casina! ¡Meu lar!...»)

La suavidad del paisaje gallego, perfil característico de toda la región, se convierte en grandeza impresionante cuando la tierra se acerca al mar en la zona de las Rías Bajas. Suspende el ánimo la contemplación de aquellas perspectivas. Llegan desde el interior, cruzando valles ubérrimos, los ríos amados: el Tambre, el Ulla, el Lérez, el Oitaben... Su cauce va siendo más ancho cada vez. Apenas se ve ya de orilla a orilla, frente a la inmensidad atlántica, ante la que hacen guardia y centinela de siglos unas cuantas islas. A lo largo de la costa, las cuatro Rías Bajas —la de Muros, la de Arosa, la de Pontevedra, la de Vigo— se abren como remansos a los barcos que llegan de las rutas atlánticas. En la línea de la costa, más al Norte, han quedado las otras rías gallegas: la de Santa Marta, la de Cedeira, las del Ferrol, Ares, Betanzos y la Coruña, las de Lage, Camariñas y Corcubión.





Recuerdan las Rías Bajas, por su naturaleza, los fiordos de Noruega, las costas de Escocia y de Bretaña. Son de amplitud y profundidad extraordinarias. Están dibujadas en forma de embudo, con la base ensanchada hacia el mar. Esta zona costera aparece recortada por una inacabable serie sinuosa de ramificaciones, hendiduras, promontorios, playas, ensenadas, puertos y peñascos. Tiene toda la región —densamente poblada— intensa vida marinera. Parte considerable de la riqueza de Galicia está vinculada a la actividad pesquera de esta región. Además, la influencia atlántica penetra hacia el interior, remontando las rías, y determinando un clima húmedo, suave y templado, bajo el que crece una vegetación magnífica: la riqueza del suelo completa así aquella otra riqueza del mar en esta zona feracísima de las Rías Bajas.

La primera de ellas, de Norte a Sur, es la de Muros. Es la menos accidentada de las cuatro. Su extensión, hasta la desembocadura del río Tambre, llega a los veinticinco kilómetros. Ofrece perspectivas soberbias: ondulaciones armoniosas, campos y colinas de un verde brillante, playas y ensenadas suaves. Y, de una a otra orilla, la ría, quieta y amplísima, como un mar en pequeño. En la margen derecha, el pueblo de Muros. En la izquierda, el de Noya. Y al fondo, el río Tambre, que llega del interior, de los valles feraces y jugosos en que tan pródiga es Galicia.



La ría de Muros está separada de la de Arosa por la península de Barbanza. Esta nueva ría de Arosa, la segunda de Norte a Sur, es la más extensa de todas, y presenta accidentes, sinuosidades, hendiduras y salientes numerosos. Nace en la desembocadura del río Ulla, y su eje es de cuarenta kilómetros. Están, a su entrada, las islas de Grove y Sálvora. En su interior, la de Arosa.

Pocos cuadros de la Naturaleza causan una impresión tan profunda como el de esta ría, al ser contemplada en toda su amplia y maravillosa perspectiva.

Todos los contrastes, todas las sensaciones del paisaje se dan aquí. Alguien escribió que la ría de Arosa era un océano en miniatura, con todos los accidentes de los grandes mares. Así es, efectivamente, y a lo largo de su costa hay penínsulas y golfos, cabos y ensenadas, playas suaves y acantilados abruptos, ríos que llegan al mar y pequeños brazos de agua marina que penetran en la costa, como ríos... Toda esta línea accidentada de la ría la vemos luego, también, reproducida en las islas que hay a la entrada o en el interior. Completando el cuadro, en el fondo, a mayor o menor distancia del mar, una línea de montañas, calvas y grises a un lado, al otro cubiertas por masas de pinares.

El mar y la tierra... Y sobre todo ello, creando cuadros y perspectivas de belleza inagotable y cambiante, la luz. En un mismo instante, en distintos lugares de la ría,

los tonos de la luz son diferentes. O en el mismo paraje, en un solo día, cambian esas tonalidades luminosas de modo sorprendente. La luz es, en algunos momentos y en ciertos sitios, neta y clara, tersa y radiante. Otras veces, en esos mismos lugares, o en otros próximos, y a la misma hora, se envuelve en brumas, se llena de melancolías típicamente norteñas. El día y el crepúsculo dan a la ría de Arosa una belleza distinta, pero igualmente deslumbradora. Y en la noche, cuando el silencio augusto del mar se funde con la quietud de los valles próximos, la sensación se hace profundísima sobre el espíritu. Aquí y allá, dispersas, las luces de los puertecitos, de las aldeas de pescadores. Entre la gran sombra, el temblor de los faros. Y en todo el inmenso escenario, una honda emoción de conseja y leyenda, un éxtasis de ensueño y de misterio. Historias de embrujados, viejas baladas, relatos de sirenas y de naufragos, parece que van a corporeizarse allí, en la ría de Arosa, bajo el maleficio de las noches trémulas de extrañas resonancias y de silencios llenos, paradójicamente, de voces inefables.

Separa esta ría —con el río Ulla, que desagua en ella— las provincias de La Coruña y Pontevedra. La ribera superior pertenece, por tanto, a aquella primera provincia, y la inferior a la segunda. En la ribera coruñesa está, en primer término, la localidad de Santa Eugenia, con un puerto excelente y con una inconfundible traza de villa de pescadores. Después, Palmeira —un pequeño pueblo mariner—, y a continuación la Puebla del Caramiñal, mitad marinera y mitad campesina. La Puebla se halla en un recodo de la ribera, al pie del monte Barbanza y al borde de una ensenada con puerto y playa. Se agrupa su caserío en torno del noble palacio de Camarasa. Después, en la misma margen coruñesa, otros pueblecitos y villas, como





15



16



17



18



19

Santa Cruz, como Boiro, como Rianjo. Ya está cerca la desembocadura del Ulla. Por la margen derecha de este río, a diez millas de su boca, está la villa de Padrón, bañada por el río Sar, que desagua en el primero. (En esta parte, el Ulla toma el nombre de ría de Padrón). Es éste uno de los más bellos, de los más poéticos lugares de la región gallega. Se extiende Padrón sobre una vega amplia y fértil, al pie de montes que amparan el caserío, ante dos ríos que dan al paisaje una gracia fresca, íntima y jugosa. Tiene la localidad un pasado rico en leyenda y en historia. Aquí estuvo, en tiempos romanos, Iria Flavia, que tomó su nombre del emperador Flavio Vespasiano. Se cuenta que aquí desembarcó el Apóstol Santiago. Más tarde, en los tiempos medievales, fué sede episcopal, y, trasladada ésta a Compostela, fué residencia temporal de los prelados. Era entonces Padrón el puerto de Santiago de Compostela. El arzobispo don Diego Gelmírez le dotó de importantes medios navales. Con especialistas traídos de Italia, construyó allí un astillero, en el que se hicieron dos galeras birremes, que fueron las primeras unidades de la marina de guerra nacional.

Distintas causas hicieron decaer a Padrón. Perdió su importancia marítima. La vida se trasladó a Santiago, capitalidad espiritual de Galicia. Como reflejo de sus tiempos antiguos, quedan hoy en Padrón la iglesia de Santa María —del siglo XII, con fachada de dos bajas torres del XVI— y el convento del Carmen, de mediados del XVIII.

Todos estos lugares fueron amados apasionadamente por Rosalía de Castro, la gran poetisa gallega, cuya vida y cuya obra aparecen ligadas de modo estrechísimo a estos escenarios de Padrón y del Sar. Una de sus poesías más conocidas y bellas, de las que mejor expresan la misteriosa y eterna «saudade» del alma gallega, tiene como



estribillo el nombre de estos lugares tan entrañablemente sentidos por Rosalía: «¡Padrón!... ¡Padrón!... — Santa María... Lestrove... — ¡Adiós! ¡Adiós!...»

Se comprende, ante la romántica belleza del paisaje, este amor de la escritora. Aire tibio, claridad en el cielo, horizonte dilatado. En la vega regada por los dos ríos y acariciada por brisas atlánticas, crecen árboles muy distintos: pinos y naranjos, robles y palmeras. Hay viñas que se enlazan al tronco de higueras gigantes, y las aguas del río reflejan las sombras trémulas de las camelias y los rosales. Coplas populares cantan esta fertilidad de la vega de Padrón. En el atrio de la iglesia había una vez un pino, en cuya copa nació un cerezo. Y el viento llevaba por los valles de tierra adentro la cadencia de la copla:

«Nosa Señora d'Adina
ten un piñeiro no adro,
vota piñas en octubre,
cereixas no mes de mayo.»

La orilla meridional de la ría de Arosa pertenece a la provincia de Pontevedra. Cerca ya de la desembocadura, frente a las aguas atlánticas, hay una península unida a tierra firme por un istmo arenoso, el arenal de la Lanzada. Entre sus pueblecitos está el del Grove, que da nombre a la península. Es una localidad típicamente marinera. Sus casas son de cantería, de piedras enormes; hay fachadas formadas sólo por ocho o diez grandes piezas.

Más al interior de la ría, al abrigo de esta península del Grove, está la isla de La Toja, famosa estación balnearia. Se cuenta, a propósito de las virtudes medicinales de sus aguas, que un asno enfermo y llagado fué abandonado por el amo en la isla, por no atreverse a matarlo por sí mismo. Unos meses después, el hombre volvió ca-



sualmente a La Toja. Y vió, sorprendido, que el animal —del que sólo esperaba encontrar unos restos— retozaba alegremente, limpia la piel, sin huella ninguna en aquellas viejas llagas. El asnillo se había revolcado en unas charcas de agua caliente, en las que nadie hasta entonces reparó.

La isla —pequeña, silenciosa, florida, verdadero jardín flotante— está unida a la península del Grove por un puente apoyado sobre treinta y cinco pilastras. La Toja es un lugar de extraordinaria belleza. A las virtudes curativas de su balneario une el ambiente sosegado, sedante, de toda la isla.

En la ribera pontevedresa de la ría está la vieja villa marinera de Cambados, con sus casonas solariegas, con su palacio del marqués de Figueroa, con sus ruinas del templo de Santa Marina. Enfrente está la isla de Arosa, y siguiendo la línea ribereña, hacia el interior, Villanueva —donde nació Valle-Inclán—, y Villajuán, con su palacio del marqués de Castells y una bella iglesia románica, en un cementerio, frente al mar. Desde todos estos pequeños puertos se contemplan maravillosas perspectivas de la ría de Arosa. Al fondo de ella, Villagarcía, moderna, animada, populosa. Sobre el puerto, al borde de una amplia calle en media luna, asoma la villa. Contrastan vivamente en ella las viviendas humildes de los pescadores con los grandes edificios de traza actual.

Después, Carril, con otro excelente puerto. Enfrente, la isla de Cortegada, con sus masas de pinares. Preside esta isla la entrada del río Ulla o ría de Padrón, que es navegable hasta Cesu-





res (frente a Padrón). Divide el río en dos partes la villa de Cesures. Los dos núcleos están unidos por un puente de hierro y por otro de piedra, de herencia romana. Del nombre de este último —«Pons Cæsaris»— tomó la localidad su nombre de Cesures.

La ría de Pontevedra es más estrecha que la de Arosa. Pero es, también, de deslumbradora belleza panorámica, por su amplitud, por su serenidad, por su riqueza de luz y de color. Forman sus riberas dos cadenas de montañas. No hay, en sus orillas, esa abundancia de villas industriosas y animadas con que Arosa cuenta. Pero se ven, en las márgenes de la ría, pequeños caseríos blancos y dispersos, diminutas manchas claras entre los verdes infinitos del paisaje. Después, tierra adentro, aldeas, pazos, valles, pinares, robledas, hórreos rematados por una cruz.

A la salida de Pontevedra, la ría toma la forma de un río caudaloso, entre dos largas escolleras. De pronto, se ensancha con suma amplitud, y sus aguas parecen las de un inmenso lago, quieto y sereno. Hacia la mitad de la ría, ante su fondeadero más amplio, hondo y resguardado, está la villa de Marín, la mayor —la única casi— de las enclavadas en las dos riberas. Sus típicas casas de pescadores son de piedra, muchas veces pintadas de blanco. Recientemente, la Escuela Naval Militar ha dado a Marín una nueva y poderosa vitalidad. En la misma ribera, más hacia el mar, está enclavada Bueu, pintoresca villa de pescadores.

En la ribera opuesta está Sanxenxo, también localidad típicamente marinera y con una playa de considerable extensión. En el centro de la ría, frente a Marín, la isla de Tambo, y en la boca las islas Ons. Al fondo de la ría, Pontevedra, muy cerca de la desembocadura del río Lérez, uno de los más bellos y poéticos de Galicia.

Es una ciudad pequeña e íntima, marinera y señorial a un mismo tiempo, con esa fuerza de seducción que tienen todas las cosas de Galicia. Hay en ella una acusada y característica nota: la mayor

parte de sus edificios tienen huerto y jardín. La ciudad, en la parte que no mira al mar, se pierde luego en un paisaje rico en magnificencias vegetales. Árboles y flores asoman a cada paso en Pontevedra: su paseo de las Palmeras, sus jardines particulares, los robles, los tilos, los álamos blancos y los plátanos de su Alameda maravillosa...

Cuenta la ciudad con algunos monumentos interesantes, como el templo de Santa María la Grande, construido en el siglo XVI; San Francisco, del siglo XVIII; San Bartolomé, con una Magdalena de Gregorio Fernández, y Santa Clara, iglesia gótica de comienzos del XIV.

En el centro de la ciudad está el Santuario de la Peregrina, de gracia arquitectónica muy airosa y esbelta. Su planta figura una venera. El templo es de dos torres, con la fachada convexa.

Quizás, desde el punto de vista artístico, lo más bello de Pontevedra sean las ruinas del templo de Santo Domingo, maravilla del estilo gótico. La yedra envuelve los varios esbeltos ábsides del siglo XIV. Se ven en el poético lugar, entre macizos de flores, algunos enterramientos de nobles pontevedreses, lápidas romanas, capiteles medievales, viejos escudos patinados por el tiempo.

La casa dieciochesca de los Castro Monteagudo es actualmente Museo de la ciudad. Se guardan en éste una valiosa colección de más de cincuenta cruces procesionales de los siglos XIII al XIX, alhajas de oro prerromanas, pinturas de Zurbarán, Veronés, Téniers, Lucas Jordán, copias de Velázquez, Tiziano y Rubens, muebles, vidrios, loza de Sargadelos, viejos libros, grabados...

En la casa inmediata de los García Flórez —vieja construcción típicamente gallega, con fachada de ornamental gracia barroca— se ha instalado modernamente la Sección Naval del Museo pontevedrés. En sus cuatro salas palpita, a través de viejos documentos, de utensilios de mar, de reproducciones y grabados, el rico pasado marinerío de Pontevedra. Una de estas salas, la de



Méndez Núñez, es una bella y fiel reconstitución del despacho que el marino tuvo en su casa pontevedresa, a la que volvía en las pausas de sus largas navegaciones. Muebles, cartas, litografías de la época, dan a la sala un penetrante poder de evocación. Parece como si el gran marino viviese todavía y hubiera de surgir, de un momento a otro, entre aquellos papeles y aquellos objetos que fueron suyos.

De las cuatro salas navales del Museo Pontevedrés es ésta la que tiene un más hondo poder emotivo. Porque ha huido de ella el espíritu inevitablemente frío de los museos, y sus objetos y sus recuerdos están, en cambio, llenos del caliente latido de lo que parece vivir todavía.



Evoca la sala un gabinete pontevedrés en 1860, con paredes empapeladas a la moda chinesca de aquellos días. Los marinos que hacían las rutas lejanas del Pacífico gustaban siempre de llevar luego a sus casas cuanto les pudiese evocar el espíritu, el color y las costumbres de las exóticas tierras visitadas. Así, en esta sala de Méndez Núñez vemos un gran tabor chino, lantacas, lanzas y arcos de las Islas Filipinas.

La Virgen de la Peregrina aparece en un característico grabado dieciochesco. Muebles isabelinos, fotografías desvaídas, un gran retrato de la Reina de los tristes destinos... Junto a la carta escrita por Isabel II, con la felicitación por la batalla naval del Callao, el borrador de la respuesta. En una caja, unas algas que fueron arrancadas del casco de la fragata «Numancia», después de su vuelta al mundo. Enfrente, los libros de marina de Méndez Núñez. Y las cajas de pistolas, y el escritorio de campaña, y el autógrafo de los versos que le dedicó, tras las acciones del Pacífico, la ilustre Concepción Arenal... Toda una vida, todo un ambiente y una época están reflejados en esta serie de recuerdos certeramente reunidos.





Son recuerdos de la existencia, del heroísmo y de la muerte de un insigne marino español: sus condecoraciones, su fajín, sus útiles de navegación y el pañuelo que recogió un día sus últimas lágrimas... Galicia, tierra de marinos, no podía menos de rendir este tributo sentimental a la memoria de uno de sus más insignes hombres de mar.

Y, finalmente, la ría de Vigo. Es, como la de Pontevedra, menos amplia que la de Arosa. Pero es más profunda y segura, y a ella tienen acceso toda clase de buques. La entrada está guardada por las islas Cíes, muy escarpadas y abruptas. Se refugiaron en ellas los que escaparon de la matanza de Julio César en los montes Herminios, y fueron también, después, refugio de berberiscos, holandeses e ingleses en sus incursiones por la tierra gallega.

En la orilla superior de la ría viguesa se halla el pueblo pesquero de Cangas. Al fondo, Redondela, con sus dos impresionantes viaductos. En la ribera meridional, Vigo, ciudad populosa y modernísima, una de las más ricas y adelantadas de España. Su comercio, su industria y su vida tienen un ritmo continuo de crecimiento. Ciudad formada al amparo del mar, del que ha recibido impulso y riqueza extraordinarios, tiene, junto a su traza de capital enteramente moderna, el colorido de su Berbés, el barrio típico y animado de los pescadores. Su situación geográfica, las condiciones de su puerto, hacen de Vigo una de las ciudades más bellas y de más seguro porvenir en los itinerarios marítimos de todo el mundo. Barcos con banderas de países distintos anclan constantemente en su espléndida bahía, abierta a las grandes rutas atlánticas. Vigo —deportiva, alegre e industriosa— constituye un expresivo ejemplo de lo que puede conseguir rápidamente el esfuerzo del hombre en la creación de una gran ciudad.

Cerca de Vigo está Bouzas, puertecito de gran vitalidad. Más allá, fuera ya de la ría, están la playa y el puerto de Bayona, dominado su caserío por uno de los más hermosos castillos de Galicia. Ofrece Bayona el

interés de su Colegiata románico-ojival, sus restos de murallas, su torre del Príncipe y su Virgen de la Roca, escultura monumental en piedra, cuyo manto arranca de las mismas rocas que dan cima al montículo, cara al mar. Monteferro es un promontorio que se adentra en el mar y en cuya cima se levanta el monumento a los marinos mercantes de todas las naciones muertos durante la primera guerra mundial. Desde la cumbre se contempla un maravilloso panorama de costa y de mar. Rande es el lugar en que fueron echados a pique, a comienzos del siglo XVIII, los galeones, cargados de maderas y metales preciosos, de una flota de Indias. La novela y la leyenda han tomado pie de este hecho para sus creaciones. Se ha logrado localizar la situación exacta de algunos de estos buques hundidos, en los que se suponen encerrados los valiosos cargamentos. Puente San Payo evoca una de las jornadas de la lucha del pueblo español contra Napoleón, y su paisaje es de los más bellos de esta región pontevedresa. Finalmente, la isla de San Simón —situada en el fondo de la ría, en un ensanche de ésta— tiene unos jardines de señorial belleza y un viejo cementerio de finas melancolías.

Vigo, aparte de las perspectivas que en su ría ofrece, es punto de partida para excursiones hacia lugares enclavados en zonas próximas. Es muy interesante, por ejemplo, la parte de costa comprendida entre la ría y la desembocadura del Miño: se dan allí frutales mediterráneos muy abundantemente, incluso el naranjo y el limonero. Junto a la punta de Santa Tecla, antes de pasar la barra del Miño, se halla La Guardia. Al interior, remontando el curso del río —con unas riberas bellísimas—, Túa, una de las más viejas y características ciudades gallegas.

Túa está situada a la derecha del río Miño y de su afluente el Louro, frente a la ciudad portuguesa de Valença do Minho, enclavada en la orilla opuesta. La ciudad aparece dominada por el



escarpado monte de San Julián. Sus alrededores forman la extensa y rica campiña llamada Vega del Oro, a la que rodea el río Louro poco antes de su unión con el Miño. La Catedral tudense tiene aspecto de fortaleza medieval. Es de estilo gótico primitivo, con un bello claustro gótico anejo al templo. El paisaje gallego adquiere en esta zona riquezas y perspectivas de extraordinario encanto. La excursión a Túa es una de las más pintorescas que pueden hacerse desde Vigo.



LAS FOTOGRAFÍAS QUE FIGURAN EN ESTE FOLLETO CORRESPONDEN A:

1.-Ría de Pontevedra. 2.-Tipo popular. 3.-Carril (Pontevedra). 4.-Un crucero. 5.-Pontevedra. 6.-Ruinas de Santo Domingo. 7.-Pontevedra. Plaza de la Leña. 8.-Combados (Pontevedra). 9.-Pontevedra. Rincón típico. 10.-Pontevedra. Casa típica. 11.-Marín. La bahía. 12.-Túy. Río Miño. 13.-Ría de Pontevedra. 14.-El río Lérez. 15.-Ría de Pontevedra. 16.-Vigo. La bahía. 17.-Ría de Vigo. 18.-Puente Sampayo (Pontevedra). 19.-Ría de Vigo. Una de las islas Cies. 20.-Ría de Arosa. 21.-Un hórreo (Pontevedra). 22.-Tipos populares. 23.-Pontevedra. Un campanario. 24.-La Guardia desde el Monte Santa Tecla. 25.-Redondela (Pontevedra). 26.-Vilariño (Pontevedra). 27.-Aldan (Pontevedra). 28.-Bueu (Pontevedra). 29.-Ría de Pontevedra. 30.-La Guardia. 31.-Vigo. Ribera del Berbés. 32.-Padrón (La Coruña). 33.-Marín. Río Lameira. 34.-Cangas de Morrazo (Pontevedra). 35.-Padrón (La Coruña). Paisaje. 36.-Monte Santa Tecla (Pontevedra). 37.-Tipo popular. 38.-Pontevedra. Iglesia de San Bartolomé. 39.-Pontevedra. Santa María. 40.-Soportales de la Herretería e Iglesia de la Peregrina. 41.-Antigua Casa Consistorial. 42.-Pontevedra. Plaza Pedreira. 43.-Bayona (Pontevedra). 44.-Murallas del Castillo. 45.-Lérez (Pontevedra). Claustro del convento. 46.-Pontevedra. Casas típicas. 47.-Bayona (Pontevedra). 48.-Sanxenjo (Pontevedra).

FOTÓGRAFOS: DUQUE, CASADO, KINDEL, LOTY, MARQUÉS DE SANTA MARÍA DEL VILLAR, MÁS Y WUNDERLICH.
DIBUJO DE CUBIERTAS: MORELL.
IMPRESIÓN: HUECOGRABADO ARTE.

PUBLICACIONES DE LA DIRECCIÓN GENERAL DEL TURISMO
EJEMPLAR GRATUITO
VENTA PROHIBIDA
PRINTED IN SPAIN

419=463





RIAS BAJAS